

Cayetano Llobet Tabolara*

El resurgimiento del fascismo (Elementos para su estudio)**

Han pasado los tiempos en que se creyó que el fascismo quedó enterrado entre las cenizas de la Segunda Guerra Mundial. Nadie habla de él como de una experiencia histórica dolorosa "que hay que olvidar". Los sucesos relativamente recientes en Chile, reavivaron la inquietud ya manifestada antes en países como Italia e incluso Alemania, a través de la reorganización de partidos y grupos "neofascistas". Paralelamente a la inquietud política, surgió la discusión sobre lo que debía entenderse por el "carácter del fascismo", la polémica sobre si tal o cual régimen político era efectivamente "fascista" y, desde luego, la gama de proposiciones más heterogénea imaginable. Puntos de vista que, en el fondo, eran una reactualización de interpretaciones y opiniones ya vertidas en la década de los cuarentas.

Sería un error pensar que se trata de una discusión meramente académica. De hecho, no hay ninguna razón para pensar que en todas esas proposiciones no estuviera implícita la intención de contribuir positivamente a la formulación de algunos elementos que permitan un mejor conocimiento del fenómeno que conduzca a la adopción de políticas eficaces para combatirlo. Presunción que nace a su vez de la necesidad de ir relacionando la actividad de los centros de ciencias sociales con lo que efectivamente está sucediendo en nuestros países.

Creo importante, en primer lugar, señalar algunos de los elementos que no considero significativos o esenciales para la definición del problema. Mucho más, si se trata de elementos que, precisamente, han sido tomados como esenciales en muchas de las discusiones actuales. Uno de los más menciona-

* Estudios de Licenciatura en Derecho en la Universidad de Sucre, Bolivia. Licenciatura en Ciencia Política en la Universidad de Lovaina, Bélgica. Exprofesor de la Universidad Católica de Chile e investigador de Tiempo Completo en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) de Santiago de Chile. Actualmente investigador del Centro de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, y profesor de Tiempo Completo de la propia Facultad.

** Este trabajo es, en realidad, la primera presentación que el autor hace de la investigación que está realizando en el Centro de Estudios Latinoamericanos (CELA), dependiente de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, sobre "Fascismo, Militarismo y Autoritarismo en América Latina". Colaboran en la investigación, los ayudantes Gabriel Sánchez Díaz y Mária Millán.

dos ha sido el de la represión. En su visión más simplista, la interpretación "represiva" conduciría a pensar que a partir de un *quantum* determinado de represión o a partir de determinadas prácticas como la tortura o cierto tipo de tortura, estaríamos frente a un régimen "fascista".*

En otra perspectiva (muy desarrollada en Estados Unidos, particularmente expuesta por Lipset y Friedrich), sería el "carácter totalitario" de un Estado lo que define al fascismo; perspectiva que, básicamente, no se diferencia de la anterior. Obviamente, la lucha contra tal fenómeno es, al mismo tiempo, el combate por la instauración de un régimen democrático liberal. Una de sus consecuencias más notables, la identificación del "fascismo" por encima de cualquier posición clasista distinguiendo así como formas de fascismo al de izquierda y al de derecha (Lipset). La otra consecuencia menos obvia de esta interpretación es que permite a lo que podríamos llamar la "gama democrática" plantearse una posición "antifascista".

Tampoco tomaré como esenciales las explicaciones que atribuyen el fenómeno fascista a ciertas condiciones psicológicas, ya sea a nivel individual o social. A la "vocación militar" de ciertos pueblos o, como se insistió durante mucho tiempo, a una "enfermedad transitoria", a un "virus inoculado en Europa", a "un paréntesis en la marcha normal de los pueblos hacia la democracia" (probablemente B. Croce represente más adecuadamente estas últimas interpretaciones).

Al descartar ciertos elementos como no esenciales, no se está afirmando su inexistencia. Algo más, muchos de esos elementos han constituido expresiones concretas del fascismo histórico. Pero ello no significa, de ninguna manera, que la explicación del fenómeno deba hacerse por la aplicación de lo que en un momento fueron algunas de sus manifestaciones.

Esto nos conduce a otro punto, esta vez de orden metodológico. En la mayor parte de los trabajos sobre este tema, se observa una tendencia a la recolección de características y a la discusión de aplicabilidad de algunas de ellas a otras situaciones. Procedimiento conducente a una formulación abstracta ligada a valoraciones subjetivas del investigador. Aplicación no siempre consciente de los "tipos ideales" weberianos, con su confesada limitación de no poder dar cuenta, finalmente, de un fenómeno singular y concreto. Por otra parte, dicha tendencia nos sitúa ante lo que se podría denominar "acumulación cuantitativa" de características del fascismo (corporativismo, movilización, rol de la pequeña burguesía, racismo, xenofobia, liderazgo carismático, ligazón con el capital financiero, represión, belicismo, militarismo, expansionismo, estatalismo, simbología espectacular, etcétera, etcétera). Resulta cómodo, aunque erróneo, seleccionar algunas de ellas y en la medida en que se van dando en otras situaciones, calificar a éstas de "fascistas". Obviamente, se producen discusiones interminables en relación a tal o cual régimen, puesto que mientras un analista se refiere a una de las características, otro

* "Interpretación" surgida, en buena parte, de ciertas necesidades de agitación política en contra, precisamente, de regímenes represivos. Útil muchas veces, pero errónea.

toma sus referencias de otras, lo que aparte de constituir precisamente un diálogo de sordos, carece de interés científico y político.

De lo que se trata, pues, es de lograr la formulación de un concepto que, definiendo lo esencial, permita además explicar los rasgos específicos, las determinaciones concretas, que el fenómeno asume en tal o cual coyuntura histórica. Es decir, explorar la posibilidad de definir un fenómeno teniendo en cuenta ciertamente las circunstancias concretas en las que se produjo (estudio histórico), pero yendo más allá de esas circunstancias concretas (estudio teórico). Esto supone, naturalmente, una constante interrelación de los elementos conceptuales y las situaciones que se pretende analizar. Afirmación aparentemente obvia. Sin embargo nos encontramos frecuentemente con intentos de "acomodar" una realidad fija, como placa radiográfica, a un concepto considerado como ya elaborado, o viceversa. Y precisamente de lo que se trata es de tomar en cuenta como esencial el factor dinámico, tanto en relación a la realidad que se analiza, como al concepto.

Respecto de la primera, considerando sus elementos en movimiento aun dentro de lo que podría denominarse el fenómeno integrado. Es decir, si se considera por ejemplo la época del fascismo en Alemania, habrá que distinguir necesariamente los diferentes momentos de la época fascista, la forma en que se van relacionando: los rasgos de permanencia que hacen de puente entre esos momentos diferentes, etcétera. En una palabra evitar el riesgo de considerar que la Alemania nacional-socialista de 1936 era exactamente igual a la Alemania nacional-socialista de 1944. En relación al concepto, no se puede asumir la realidad de conceptos "ya elaborados" puesto que precisamente "se van elaborando" a medida de su verificación histórica. Verificación que, lógicamente, no tiene límite a futuro, sino que es permanente. Afirmación válida no sólo para el tema que se estudia, sino para la ciencia en general.

Si es mínimamente exigible esa interrelación activa "realidad concreta concepto" quedará también básicamente explicada la necesidad de por lo menos dos planos o fases diferentes. Por una parte, la visión general del problema referida fundamentalmente a la validez "en principio" del instrumento teórico. En segundo lugar, la especificación precisa y las determinaciones particulares de cada uno de los casos en que el concepto se realiza. Inútil subrayar que la segunda fase corresponde a una investigación y que mi propósito, en este momento, es nada más el de formular algunos elementos para comenzar el estudio de la primera fase.

Ahora bien; entre los intentos de conceptualización conocidos, uno de los más difundidos es el que explica la instauración del fascismo en algunos países, por el carácter tardío de su capitalismo.

El fascismo, es decir la modalidad fascista que asume en determinadas circunstancias el Estado capitalista, es un fruto característico de los países que han llegado tarde a la conformación de un proceso capitalista y que, por consecuencia, no se instalan con solidez y soltura en lo que se puede

*llamar la "normalidad" del Estado capitalista, que es la democracia burguesa.*¹

Definición o punto de partida que reclama varias observaciones: ¿Qué significa llegar tarde a la conformación de un proceso capitalista? ¿En relación a qué o a quién? Esta llegada "tardía", ¿es excepcional? Puesto que es "su fruto característico", ¿se da el fascismo en todos los países de "capitalismo tardío"? ¿No supone una concepción así, la visión de una forma de capitalismo, frente a la que quedarían sin posibilidad de explicación las llamadas formas "dependientes", "subdesarrolladas", etcétera?

Por otra parte —y en el supuesto de que no haya discrepancia sobre lo que debe entenderse por "democracia burguesa"—, ¿no es una generalidad excesiva considerar a ésta como *el* "fruto natural" del capitalismo? En todo caso, si se examina la situación de muchos países dominados ("dependientes"), dominación precisamente surgida como consecuencia de la expansión capitalista central, se constatará que la democracia burguesa, en esas situaciones, no era ningún fruto natural y que lo natural es más bien la ausencia absoluta de cualquier esbozo democrático, sin que por ello se pudiera calificar de fascistas a los regímenes allí instalados.

Quizás vale la pena señalar, de modo incidental, que en este tipo de generalizaciones está presente una tendencia a tomar como referencia central —casi como modelo— la forma de desarrollo del capitalismo inglés y, en la medida en que los estudios sobre ese capitalismo son "clásicos", hacer del capitalismo inglés el "capitalismo clásico". Y aún en esa perspectiva, suponer que en Inglaterra se terminó con toda supervivencia de anteriores modos de producción. Pero aun partiendo de esos supuestos, no se puede hablar de "capitalismo tardío" en países que, como Alemania, habían logrado, a partir sobre todo de 1871, un desarrollo tecnológico y organizativo veloz, "llegando al capitalismo" simultáneamente con Estados Unidos, si bien es cierto que el Este Alemán mantuvo fuertes resabios feudales y que se mantuvieron con persistencia ciertas formas organizativas derivadas del carácter del estado prusiano. Es decir que, junto a un capitalismo dominante, subsistían expresiones atrasadas, lo que no impidió que, al triunfo del fascismo, Alemania sea una potencia capitalista de primer plano.

Las situaciones de atraso en ciertas regiones, acompañadas (en el caso alemán) de una manifestación política expresada en el abandono que hace la burguesía de sus tareas de dirección y la incoherencia (en el caso italiano) entre su sector industrial de punta y su sector agrícola extraordinariamente atrasado, con masas campesinas no integradas, dieron pie a que se definiera al fascismo como la forma de excepción llamada a cumplir rápida y brutal-

¹ R. Zavaleta M., "El Fascismo en América Latina", en *Economía Informa*, número 5, octubre 1974.

mente las tareas capitalistas que en otras situaciones "normales" cumplió la burguesía pausada, cómoda y democráticamente.

Se habrá advertido que en todo el razonamiento anterior se interpreta al "capitalismo tardío" como la persistencia de sectores atrasados, en ausencia de otra explicación concebible del término. Si la interpretación no es errónea, es lógico pensar que en todas las situaciones similares de atraso, deberían haberse producido los mismos resultados. El ejemplo de Rusia obliga a buscar otras pistas.

Si de lo que se trata con el término de "capitalismo tardío" es más bien designar la diferencia de temporalidad con la que algunos países capitalistas se incorporan a la competencia por la posesión de zonas de dominación colonial y, desde luego, por la hegemonía a nivel mundial, no se puede evitar pensar en los casos de España y de Portugal, tempranamente hegemónicos. Y aunque no se "construyeran como naciones capitalistas", sostenían ya relaciones de ese tipo y crearon manifestaciones típicamente capitalistas.

Lo interesante, sin embargo, no está en el tratamiento específico ni en la crítica sistemática a dicho término, sino en la medida en que sirve de punto de partida para la explicación de lo que sí es una preocupación inmediata: el fascismo. Es indudable que muchos términos están difundidos y su corriente utilización los hace aparecer como aceptados. Esto no puede, sin embargo, ser un impedimento para plantear algunas dudas, o expresar el temor de que ciertas referencias que no pueden ser aceptadas, sino como relativas, se consideren en un momento dado como absolutas y unívocas. Volvamos, pues, a la consideración de lo que parece más esencial. Si se piensa al capitalismo, ya no sólo como forma específica de desarrollo ligada a tal o cual país, sino como un sistema mundial con un centro hegemónico, puntos fuertes y eslabones débiles, se constatará que sus expectativas de subsistencia como sistema, se desvanecen en esos eslabones débiles. Ahora bien: ¿qué es lo que constituye la debilidad esencial del eslabón? Lo que se intenta proponer como elemento conceptual es que la debilidad del eslabón está fundamentalmente definida por la existencia de un proyecto social y político alternativo al capitalismo, con protagonistas que poseen la fortaleza cuantitativa y orgánica, y que son percibidos por el conjunto del sistema o por su centro hegemónico como agentes de la ruptura del sistema.

Redundando: Se parte de la base que el sistema capitalista (abstracción), se expresa en las diferentes formaciones económico-sociales, con mayor o menor coherencia. Tiene puntos fuertes y puntos débiles. Donde se juega la subsistencia del capitalismo *como sistema*, es en sus puntos o eslabones débiles, *siempre que esté presente social y políticamente la alternativa de ruptura*. En las situaciones en que esa alternativa sea percibida como tal, y la correlación de fuerzas sea favorable a los defensores del sistema, se darán las condiciones para la instauración del fascismo. *A fortiori*, allí donde no exista esa alternativa, el sistema capitalista no corre riesgos fundamentales (de subsistencia) por muy atrasado que sea como capitalismo o por muchas debilidades que exprese. El fascismo para imponerse debe, pues, primero de-

rrotar a las fuerzas que encarnan la alternativa anticapitalista y, una vez instaurado, debe procurar eliminar hasta donde sea posible todo lo que pueda constituir germen de renacimiento o reconstrucción de la alternativa revolucionaria. De ahí que en el fascismo la represión a la clase obrera y a todo lo que puedan constituir sus expresiones directas o indirectas, asume las características de guerra santa.

Al hacer referencia al problema de la correlación de fuerzas, parece importante formular algunos alcances destinados a evitar una visión tautológica e incluso determinista. Porque, en efecto, la afirmación *a posteriori* de tal o cual correlación llevaría a la consideración de que todos los caminos políticos se encontraban ya cerrados, o a la explicación, más simplista aún, basada exclusivamente en los resultados (victorias o derrotas), descuidando precisamente la explicación de las condiciones que los hicieron posibles.

Decir, por ejemplo, que en tal país había una correlación favorable a la burguesía porque la burguesía triunfó, es no decir nada. Mucho más si el problema de la correlación de fuerzas no puede ser examinado solamente a partir del momento de la resolución del conflicto. De hecho, ningún proceso —y tampoco el de fascistización— podría ser comprendido sin un análisis de los diferentes momentos o fases de la lucha de clases. En efecto, la primera manifestación de la existencia autónoma de proyectos clasistas, es su proyección a la formación de frentes de clases y fracciones destinadas a constituir verdaderos bloques, cuya conformación exitosa tendrá influencia en el ejercicio del poder o en su labor de resistencia y de enfrentamiento al bloque en el poder.

Es en esta fase donde se producen los quiebres del espectro político tradicional, en la medida en que se limitan las opciones a dos proyectos esenciales: el de subsistencia y el de ruptura. Es la fase en la que el proyecto burgués va asumiendo sus características más claramente contrarrevolucionarias, puesto que su problema ya no es la realización de determinadas tareas de construcción capitalista, sino la acumulación del máximo posible de fuerza en contra de la presencia política del proletariado. Es el momento de las clases medias, carentes de proyecto propio, solicitadas insistentemente como aliadas, tanto por la burguesía como por el proletariado. Obviamente, es el momento en que esas clases medias logran la más alta visión de sí mismas e incuban pretensiones arbitrales para el conjunto social.

Un triunfo claro de las fuerzas contrarrevolucionarias en esta fase mencionada, hará obviamente innecesaria la definición militar del enfrentamiento. Al contrario, un equilibrio en la correlación clasista de fuerzas, hará más inminente la resolución militar del conflicto, sin que la forma de resolución altere el carácter del régimen que se instaura. A lo sumo, significará una mayor dificultad o facilidad en las tareas inmediatamente posteriores al triunfo. El triunfo electoral del nacional-socialismo y el hecho de tener que acudir a la explicación fraudulenta de un incendio, no hace menos fascista al régimen instaurado, así como el régimen de Pinochet no es más fascista porque bombardeó el Palacio de la Moneda.

La mención de estos dos momentos: la derrota de la alternativa revolucionaria y la posibilidad represiva de cualquier expresión posterior de esa alternativa, significa sencillamente distinguir entre los procesos de fascistización (frustrados o victoriosos) y su culminación estatal. Si bien el máximo interés de las discusiones se ha centrado en las expresiones estatales, no deja de ser importante referirse a los procesos, en la medida en que en ese momento juegan muchos elementos que desaparecen o pierden significación en la realización estatal del fascismo. Uno de esos elementos es el tipo de alianzas que se conforma y el rol particular de determinadas clases y sectores de clase en la conformación de esas alianzas.

Si el elemento esencial en la proposición es la existencia de una alternativa —y a estas alturas parece innecesario aclarar que se trata de una alternativa obrera—, resulta lógico suponer que uno de los factores fundamentales en la conformación de las alianzas (es decir, en la lucha por obtener una correlación favorable de fuerzas) estará constituido por un ingrediente ideológico: el grado en que diferentes sectores —aún por encima de sus intereses— perciban o no como amenaza a esa alternativa obrera.

En este punto vale la pena aclarar que si bien se está hablando de un sistema con un centro hegemónico, sería un error considerar una relación mecánica entre ese centro y sus intereses de mantenimiento del sistema con un país determinado. Es elemental suponer que por muy grande que sea la fuerza de la dominación, sería imposible su ejercicio si al interior del país dominado se da una correlación básicamente desfavorable al proyecto capitalista. Los últimos procesos en el sudeste asiático hacen ocioso un mayor abundamiento al respecto.

En un trabajo anterior relativo a Chile ("Octubre de 1972: El Fascismo en Ascenso")² tuve la oportunidad de señalar las dimensiones que alcanza el ingrediente ideológico ante la urgente compulsión de acumular fuerza. La presencia —reiteré— de un proyecto capitalista en peligro y de un proyecto obrero emergente, implica una confrontación clasista exacerbada y la utilización de mecanismos nuevos, puesto que los tradicionales se muestran insuficientes ante las necesidades planteadas por el grado de lucha. Decía en ese momento que

cuando el desarrollo de la confrontación clasista va más rápido que el de los partidos en su adecuación a las diferentes fases de la lucha, se produce no sólo una crisis en el seno de esos partidos, sino en el sistema político en general.

Y, efectivamente, las clases en peligro, producen expresiones que implican un desbordamiento, un pasar por encima de las manifestaciones clasistas clásicas y que una vez pasado el enfrentamiento, no constituyen necesariamente pilares esenciales del proyecto estatal fascista. En el caso que analizaba en esa

² C. Llobet, "Octubre de 1972: El Fascismo en Ascenso", en *El golpe de Estado en Chile*, México, CELA, Fondo de Cultura Económica.

oportunidad, se tenía presente la insurgencia de un movimiento que se denominó "gremialismo". Desde luego, no se trata de entrar a la discusión de la mayor o menor propiedad del término. Lo importante es ver cómo se constituyó un instrumento movilizador de importantes sectores de la pequeña burguesía: profesionales, transportistas, comerciantes (pequeños y grandes). Cómo logra autoconcebirse como una alternativa política autónoma y cómo deja de percibir que, precisamente en ese momento, era un instrumento extraordinariamente eficaz de la dirección burguesa. De hecho, la cadena de paros, huelgas, acciones "desestabilizadoras" tuvieron como protagonistas principales a esos sectores de la pequeña burguesía chilena.

Pero sería una equivocación fundamental pensar que esas acciones estaban motivadas por otra cosa que un factor ideológico: el temor a la clase obrera y a su proyecto. Se dijo entonces y se reitera ahora: el mayor triunfo de la burguesía en Chile, fue lograr convencer a otros sectores sociales: 1. Que era inminente la ruptura del sistema capitalista, y 2. Que dicha ruptura sería catastrófica para los sectores de la pequeña burguesía. Había que convencer al comerciante que aunque en ese momento ganaba lo que nunca antes había ganado, el peligro que se cernía sobre él era mayor que cualquier margen de utilidad actual y, además, que aunque hoy no gane casi nada, su situación es mejor que la que se hubiera dado de triunfar el proyecto proletario. No era un azar que quien más hablara de "dictadura del proletariado" no fuera la Unidad Popular, sino *El Mercurio* de Santiago, los dirigentes de los partidos burgueses y los líderes del gremialismo. La preocupación de los dirigentes políticos populares tenía entonces mucha semejanza con la que muchos años antes expresara Togliatti lamentando no haberse dado cuenta de la posibilidad de impedir al fascismo la conquista de sectores de la pequeña burguesía y la posibilidad de contribuir a acentuar las contradicciones de ese movimiento en el seno de las masas pequeñoburguesas.

No hay duda de que esta incorporación de la pequeña burguesía a la defensa del proyecto capitalista (cuyo sujeto central no deja de ser la burguesía), es la que ha conducido a muchos analistas a sostener que el fascismo es un proyecto pequeño burgués o por lo menos a la afirmación de que la pequeña burguesía constituye la base social protagonista del proyecto fascista. Puesto que esta opinión no es nueva y las confusiones a que da lugar tampoco, parece ilustrativo otro comentario de Togliatti al respecto:

La base social de un movimiento no puede definirse tomando en cuenta únicamente la categoría social en la que se reclutan sus partidarios, sino tomando en cuenta, sobre todo, sus fines, su acción, quién lo domina y lo dirige. Las primeras brigadas de acción, en el campo y en la ciudad, se formaron preferentemente con elementos desplazados de la pequeña burguesía. En algunos casos había inclusive proletarios, obreros o jornaleros desocupados, y gente semejante. Este hecho, sin embargo, no es suficiente para calificar el movimiento fascista como movimiento de la pequeña burguesía. Las mismas brigadas, que estaban compuestas de este modo, actuaban, en efecto, a las órdenes de los propietarios rurales y de los indus-

triales, para aplastar el movimiento obrero. La "base social", por tanto, la deberían constituir, como en efecto ocurría en este caso, precisamente los industriales y los propietarios rurales más reaccionarios, y es un error y crea confusión el uso de este término para referirse a la pequeña y media burguesía de la que provenían los componentes de las brigadas. Cuando más, puede hablarse de una "base de reclutamiento", si se trata de las formaciones armadas. Esta confusión de términos se encuentra en algunos escritos de los dirigentes de nuestro partido, en el periodo de los orígenes del fascismo y de la emigración. Dicha confusión fue dañina porque no siempre permitió ver y hacer comprender claramente las cosas y lo que quería decirse.³

Mencionado el rol de algunas clases o sectores de clase en la tarea de "salvación" del capitalismo y definiendo dicha tarea como el objetivo básico y esencial del proyecto fascista, no se encuentra ningún elemento que permita considerar a la modernización capitalista como inherente al fascismo. Es decir, que el Estado fascista no cumplirá *necesariamente* las tareas de desarrollo capitalista que en otras situaciones cumplió cómoda, pausada y gradualmente la burguesía en un marco democrático. Algo más: en países en los que se dé un sector terrateniente muy comprometido con el proyecto capitalista, el Estado fascista podrá inclusive dictar medidas favorables a la mantención de estructuras agrarias retrasadas. Cosa explicable si se tiene en cuenta que medidas anteriores de modernización capitalista en el campo hubieran sido percibidas más bien como medidas contra la estabilidad capitalista.

Aún más: en la percepción del "peligro comunista" —manera ideológica de presentar el temor al proletariado— pueden entrar algunos elementos que no tienen ninguna base real y puede así considerarse, en un momento dado, a ciertas fuerzas modernizantes (desde el punto de vista capitalista, se entiende), como fuerzas que "estarían abriendo el camino" o "facilitando las condiciones" para que se dé una "dictadura" obrera. La ubicación de estas fuerzas "modernizantes" que normalmente corresponden a sectores más avanzados de la burguesía juega un rol particular y contradictorio. Por una parte, participan del temor básico a la clase obrera, pero normalmente ven la forma de neutralizar ese peligro a través de medidas reformistas e integradoras. En ese sentido, son adversas a la solución fascista. Sin embargo, son fuerzas que en un momento preciso, contemplan que el proyecto político que les es propio pasa a un lugar secundario entre los dos proyectos que se hacen esenciales: el proyecto proletario y el proyecto fascista. De ahí la necesidad que tienen de adherirse transitoriamente al proyecto fascista, esperando el primer momento de debilidad de éste para separarse y proponer nuevamente su programa de reformas y de integración, esta vez sin el peligro de la alternativa obrera (ya completamente reprimida) y, además, como la solución democrática ideal que sobreviene a la época de brutalidad y represión. Éste es uno de

³ P. Togliatti, "A Propósito del Fascismo", en *Escritos políticos*, México, Ed. Era, 1971.

los elementos que explica la euforia social-demócrata y demócrata cristiana en la Europa de postguerra y la actualización de los intentos demócrata-cristianos hoy en Chile. Habría que hacer notar, además, que esta característica del post-fascismo se dará solamente allí donde exista un sector moderno burgués capaz de proyectarse políticamente con cierta autonomía, organización y una buena dosis de popularidad, más fácilmente alcanzable si se viene saliendo de un esquema fascista.

Hasta ahora y en lo esencial, las observaciones se han referido a lo que podríamos llamar ciertas "condiciones internas", sin perder, desde luego, la perspectiva del sistema en su conjunto. Vale la pena mencionar también el rol que juega el centro hegemónico del sistema. No hay ninguna duda —y por eso es nuestro punto de partida— que quien más se beneficia y, lógicamente, mayor interés tiene en la subsistencia del sistema capitalista como tal es ese centro imperialista. En consecuencia, e independientemente del régimen político que se dé internamente, utilizará todo su poderío para estimular y, si es necesario, imponer en la periferia, las soluciones políticas que signifiquen una garantía suficiente para el fortalecimiento o por lo menos para la subsistencia de todo el sistema.

De aquí se desprenden varias consecuencias:

Primera: no se puede identificar un solo modo de actuar del imperialismo en relación a los países que domina. Allí donde sea posible consolidar un esquema de participación, con progresiva asimilación de sectores importantes de la clase obrera a la dinámica esencial del capitalismo dependiente, el imperialismo será liberal, social-demócrata o reformista sin apellido.

Allí donde la ausencia de burguesías capaces de proyección estatal vaya acompañada de ausencia significativa del proyecto obrero, estimulará, por una parte, la creación y fortalecimiento de grupos con mentalidad y proyecto modernizantes (estilo democracia cristiana), manteniendo, por otra parte, estructuras de control destinadas a suprimir *ab ovo* cualquier alternativa potencial de tipo popular.

Allí donde la alternativa obrera sea considerada ya como peligro y se presuma la ruptura del sistema como inminente, el imperialismo será fascista.

No debe verse aquí la intención de proponer una tipología de la dominación imperialista, aunque sólo sea por la desconfianza que inspiran esos cuadros sistemáticos en que cada régimen queda ordenadamente agrupado con otros. Simplemente se trata de hacer ver el absurdo que implica suponer una política imperialista uniforme, principista (dictatorial o democrática), ignorante de las condiciones reales existentes en cada una de las partes constitutivas del sistema.

Segunda consecuencia: independientemente de la importancia absoluta de cada una de las partes por sí misma, toda ruptura supone un debilitamiento del conjunto. Por ejemplo, medir el daño de la revolución cubana al imperialismo sólo por los intereses capitalistas que afectó en la isla, sería otorgarle una dimensión proporcionalmente pequeña. Analizarla en relación a sus efec-

tos en el organismo total del capitalismo, permite entender la enorme importancia que le dio y le da Estados Unidos y en lo que, ciertamente, no se equivoca. El de Cuba es sólo un ejemplo y en este mismo momento, en otra región, podemos ver como perfectamente razonable, lógica y coherente la preocupación del imperialismo en relación a Angola.

En este sentido, no se puede dejar de mencionar el rol del imperialismo en la instauración del régimen actual en Chile y, unos años antes, en la instauración del régimen banzerista en Bolivia. Nadie podrá aventurarse a afirmar que ambos países vivían la misma situación económica ni el mismo espectro clasista. Sin embargo, nadie podrá negar que en ambos casos se dio el mismo peligro: la formulación clara de proyectos proletarios y la inminencia de ruptura del sistema. En el caso chileno, a través de la Unidad Popular: no importa aquí la extensa discusión sobre el contenido objetivo del proyecto, sus mecanismos, etcétera. Lo que sí es importante —para este aspecto específico del problema, se entiende— es analizar cómo era percibido por el imperialismo el proyecto de la Unidad Popular. Y no cabe ninguna duda (sobre todo después de los informes del gobierno norteamericano) que el imperialismo creyó estar ante una situación evidente e inminente de ruptura del sistema capitalista. Y actuó en consecuencia.

Probablemente el énfasis que se pone en la acción imperialista aparece magnificado, así como pudo parecer insignificante cuando hablábamos de las condiciones internas. Tratando de recuperar elementos de ambas perspectivas, habrá que afirmar que la acción imperialista en la instauración del actual fascismo en Chile, contaba con condiciones que si no eran definitivamente favorables (como se vio en octubre de 1972), suponían un equilibrio frente al cual era suficiente la aplicación de la doctrina de la "desestabilización". Los bárbaros excesos, desproporcionados desde el punto de vista militar (cohetería de aviación moderna contra un núcleo de civiles con armas ligeras), implicaban un desborde innecesario y perjudicial al propio proyecto fascista, puesto que estaba contribuyendo a crear algo que normalmente es muy difícil de conquistar: cierta simbología, esta vez acompañada de heroísmo, movilizadora y significativa. Sintomáticamente, sería la Resistencia chilena la llamada a exhibir los testimonios del bombardeo que la Junta trataría de relegar a tercer o cuarto plano. Tan perjudiciales resultarían los excesos en el despliegue de fuerza militar que obligaron al capitalismo a asumir una cierta clandestinidad púdica en su ayuda al fascismo chileno.

En el caso boliviano, debe reiterarse algo que ya se dijo muchas veces: el levantamiento dirigido por Bánzer, no era una acción fundamentalmente encaminada a derrocar al régimen de Torres (resultado marginal), sino a liquidar las organizaciones obreras y, en primer lugar, a lo que había sido su máxima expresión de proyecto político: la Asamblea del Pueblo. No es ésta la ocasión indicada para entrar al detalle de lo que era dicha Asamblea (por lo demás, objeto de un trabajo que estamos elaborando). Basta señalar que se trataba de un órgano representativo de todos los sectores de trabajadores, incluyendo a universitarios y a representantes de todos los partidos y grupos

calificados de revolucionarios. Órgano con hegemonía proletaria, con dirección proletaria y, desde luego, con proyecto de poder. Elementos más que suficientes para motivar la aparición alternativa (y victoriosa) del proyecto fascista. El régimen boliviano actual es fascista en la medida en que se insta para garantizar la subsistencia del capitalismo que también, en esa parte del sistema, se encontraba en peligro evidente e inminente.

Tercera consecuencia: para el imperialismo la solución fascista no tiene un carácter permanente, a diferencia de los agentes locales del proyecto fascista, para quienes sí es normalmente concebido como integral y definitivo. En efecto, hay una diferente perspectiva de quienes ven la situación de la parte y de quienes "cuidan la salud" del todo. La derrota del proletariado es normalmente considerada por el régimen fascista como el comienzo de una nueva organización social y política. De esta concepción es que han partido los intentos variados que posteriormente han sido considerados como características esenciales y que mencionamos al comenzar este trabajo.

Sin embargo, la visión del centro hegemónico es necesariamente diferente, en cuanto que su preocupación original, la subsistencia del capitalismo en la parte que se vio en peligro, es superada por un nuevo tipo de preocupación: mantener, con el mayor grado de fortalecimiento y coherencia, el conjunto; y respecto a ese propósito, el régimen fascista instalado con carácter de urgencia ya ha cumplido básicamente su objetivo. Incluso se puede ir presentando un deterioro del frente clasista que le sirvió originalmente de apoyo, lo que redundará en un debilitamiento progresivo nada conveniente para los intereses imperialistas. Como ya no puede recurrir al refortalecimiento forzoso, que era justamente lo que hizo antes, debe buscar otras alternativas. Si en este momento, pensando en el caso chileno, se nos ocurre mencionar a la social-democracia (aunque sea con cara cristiana), no significa que esa alternativa sea la única válida. Lo más que podemos afirmar, por el momento, es que se trata, aparentemente, de una de las soluciones posfascistas que mejor resultado habrían dado al sistema capitalista.

Cuarta consecuencia: en la medida en que no todos los intentos de salvación capitalista son exitosos; es decir, en la medida en que no todos los proyectos fascistas son victoriosos, produciéndose efectivamente la ruptura, se va generando una tendencia en el centro hegemónico caracterizada por la conciencia de la necesidad de evitar nuevas derrotas. Tendencia que conduce a los sectores de dirección política a una creciente energía cada vez menos disimulada en la implementación de los proyectos fascistas, pero que a nivel más general tiene diversos efectos. Por una parte suscita reacciones de sectores minoritarios que no llegan a comprender la necesidad del fascismo como inherente a la defensa del capitalismo. Pero por otra parte, genera expectativas generalizadas y relativamente urgentes de triunfos destinados a superar el sentimiento de frustración emergente de las derrotas que sufre el centro hegemónico y el conjunto del sistema. Es sin duda ese tipo de sentimientos y de reacciones; es decir, es la incubación de esas formas ideológicas, lo que ha

conducido a los mencionados sectores minoritarios, a referirse a lo que llaman "proceso de germanización" en la sociedad norteamericana. Parece necesario aclarar que no debe interpretarse este fenómeno como una sugerencia sobre un posible fascismo norteamericano. De acuerdo con todo el desarrollo anterior, parece preferible explicar dichos fenómenos (así como el macarthismo) como la consecuencia de la existencia de grupos que sufren una percepción hipertrofiada de los peligros para la subsistencia del capitalismo. Sería un error pensar que la existencia de esos grupos marca el comienzo de un proceso de fascistización con proyección estatal en Estados Unidos. Admitirlo sería postular implícitamente que existe también allí una alternativa proletaria con proyecto y organización política. Parece ser que, por mucho tiempo, el fascismo seguirá siendo una solución del centro hegemónico destinado exclusivamente a los puntos débiles de la periferia.

Puntos débiles —no está de más decirlo nuevamente— en la perspectiva imperialista. En la perspectiva revolucionaria puntos fuertes, los más avanzados... los más esperanzadores.

México, febrero de 1976